

## **Desde la deriva**

### **Trecientos programas.**

Raúl Cerdeiras

Cuando titulamos a este programa de rario DESPUES DE LA DERIVA, allá por mayo de 2017, lo hicimos dentro del convencimiento de una posible restauración de nuevas experiencias políticas capaces de plantear una ruptura con el orden social imperante.

Vivíamos las consecuencias del desastre en que desembocó la secuencia política llamada comunista y la implantación mundial del neoliberalismo, al que se le adosó un dispositivo político llamado “democracia”, por medio del cual se garantizaba la imposibilidad para siempre del nacimiento, en el seno de los pueblos, de nuevas experiencias políticas que subviertan el imperio del Capital. Así es como se decretó el fin de la Historia.

En consecuencia, lo que estaba a la deriva era la implementación de un nuevo proyecto político por venir después de la derrota. Pero ahora la deriva se tragó no solo el futuro sino también el presente. Hoy la deriva cubre nuestro presente y obliga a que lo pensemos como tal.

¿Cómo es un presente a la deriva?, ¿es realmente un presente? Podemos empezar diciendo que la época en que vivimos carece de un Mundo. ¿Qué es un mundo? En su devenir histórico la humanidad se despliega en el interior de un operador, un Todo-Uno que funciona como un horizonte que la articula, que le da cierta consistencia o sentido a su existencia y permite, entre otras cosas, diferenciar las distintas épocas de su historia. Es una visión englobante que se sostiene en cierta coherencia interna necesaria para su funcionamiento evitando, de esa manera, que la multiplicidad de las particularidades que éste ordena se dispersen y se expandan anárquicamente. Por eso cuando uno escucha a alguien decir un disparate, se suele reaccionar exclamando: “¡ché!, ¿en qué mundo vivís?”

Entonces, un presente a la deriva es un presente que no puede estructurar un mundo. Vivimos en un intervalo ubicado entre los despojos de un mundo que funcionó hasta el último cuarto del siglo pasado, y un horizonte preñado de diversos estallidos que se deshacen rápidamente sin conformar nada estable. Nuestro presente es existir en ese intervalo, es la deriva en toda su intensidad.

¿Cuáles fueron las causas que provocaron el deshilachamiento del mundo en el que estábamos ubicados?

Quiero señalar solo tres que considero las más importantes.

- 1) La caída del proyecto comunista y la falta de un balance de ese desastre hecho desde el campo emancipativo –balance, en cambio, realizado por la derecha– dejó a los pueblos sin políticas liberadoras.

- 2) La mundialización del modo de producción capitalista que es una maquinaria de romper todo lazo social entre los humanos, arrojándolos a la existencia como simples mercancías que se compran y se venden, además de la destrucción sistemática del hábitat natural.
- 3) El imperativo posmoderno de vivir sin ideas y solo apostar al goce y el entretenimiento, proclamando el fin de las ideologías y el derrumbe de toda idea de verdad. Se reemplazó el “pensar” por el “sentir”.

Pero la dificultad de vivir en un presente sin un articulador que le dé sentido a las existencias, y que habilita la posibilidad de que se pueda decir cualquier cosa, viene a poner un obstáculo más para sostener que el ser humano puede dejar de ser un sujeto sujetado y transformarse en un sujeto activo capaz de modificar las estructuras de las que es un simple efecto. Es decir, que podamos afirmar que es posible transformar el mundo, que es posible hacer venir lo radicalmente nuevo en el seno de la humanidad. En consonancia con las ideas del filósofo y militante político francés Alain Badiou, creo que eso es posible. Pero para darle forma a esa posibilidad es necesario sostener algunos principios o puntos de partida.

Uno de ellos sería que el mundo cambia si se transforman ciertas partes de las que la Historia ha dado pruebas más que evidentes: el amor, la política, el arte y la ciencia. Llamadas también “condiciones” o “verdades”. Cada vez que se produce en su interior una novedad esta se comprueba como una conquista de lo que anteriormente se decretaba como imposible (como cuando las matemáticas producen un pensamiento racional del infinito, o afirmar, hace más de 150 años, que el proletariado no era una simple realidad económico-social, sino que tenía una potencia política insospechada, etc.)

Otro punto de partida que resulta imprescindible, es afirmar que el Uno que articula y le da consistencia a un mundo y sostiene la idea de Todo, no es el fundamento primero del pensamiento. El fundamento se aloja en esa multiplicidad que el Todo-Uno conjunta, ordena y somete. Dicho de otra manera: contar y reunir en un todo una multiplicidad implica reconocer que estas multiplicidades existen “antes de ser contadas” por el operador de cuenta que es el Uno. Esta existencia anterior a la cuenta las transforma en multiplicidades inconsistentes. Dicho en criollo: la consistencia del Todo-Uno es trucha.

Un tercer principio para situar cómo sería posible una transformación, es precisar que ésta se pone en movimiento cuando una multiplicidad azarosamente irrumpe en alguna de las cuatro condiciones o verdades arriba señaladas, desacomodando el tranquilo mundo del Todo-Uno. Crea así, en el corazón de la situación en la que irrumpe, un vacío, como algo extraño que nadie entiende qué es. Esa irrupción azarosa que desacomoda un cierto orden de saberes consolidados, lo llamamos un “acontecimiento”.

Entonces aquí viene el problema central: si caracterizamos nuestro presente como un presente sin mundo, es decir, una actualidad que a falta de un mundo que unifique y le dé cierto sentido a la existencia, nos precipita a un movimiento anárquico de la vida donde todo vale porque todo lo sólido parece disolverse y se habilita a decir cualquier cosa con el único

respaldo de ser “mi verdad”, ¿cómo captar en este caos ese exceso azaroso que llamamos acontecimiento que abre un vacío en el orden existente y que puede ser el comienzo del advenimiento de una invención (o no, esto siempre se ve al final de un proceso, porque es una apuesta) que modifique la condición humana?

Estas preguntas nos plantean desafíos más que respuestas. Y me gustaría poder redondear una idea a donde apuntan estas palabras con que me permito, desde mi mirada personal, homenajear los 300 programas: estamos, aquí y ahora, existiendo en el corazón mismo de la deriva, el supuesto “después” de la deriva depende de lo que hagamos hoy para abrir nuevos caminos.

Debemos desarrollar y profundizar las tres causas que identificamos como determinantes de la presente situación. La tercera habla de la destrucción del pensamiento llevado a cabo por la posmodernidad. Debemos abrir sin miedo ni prejuicios esta cuestión. Es posible que seamos contemporáneos del declive de una época del pensamiento humano que se organizó alrededor de la potencia englobante del operador Uno-Todo que somete a su ley a la inconsistencia propia de las multiplicidades infinitas. De esa forma se construía un sentido para la existencia humana. Dios, la Naturaleza, la Historia, la Evolución, el Destino, la Justicia, etc. Son otras tantas vestimentas que asumió este poderoso Uno-Todo.

Ahora bien, desde fines del siglo XIX y principios del XX se producen violentas irrupciones de esas “multiplicidades” en el seno de lo que denominamos las cuatro verdades. Todas hieren profundamente la soberanía del Uno-Todo: Freud destruye la supuesta unidad del Yo individual; las vanguardias estéticas cuestionan la idea de representación; la irrupción de las masas pone a las multitudes como palancas políticas fundamentales y la crisis visceral de las matemáticas abren una nueva fundamentación que destruye a la milenaria unidad como su motor universal.

Resumiendo de manera extrema la situación, diremos que la filosofía tomó dos posiciones estratégicas: una, reformista-democrática, que no trata de destruir al Uno-Todo totalitario, sino amortiguar sus poderes; la otra es la posmoderna, que afirma que si no hay más verdad ni punto absoluto de referencia, si se cayó el Uno-Todo, entonces todo es relativo, todo tiene el mismo valor, cualquier cosa tiene derecho a existir libremente. Es la deriva, la muerte del pensamiento.

Una tercera posibilidad se abre y va tomado cuerpo en la monumental obra de Alain Badiou. Consiste en alumbrar una nueva racionalidad que se apoye, no en el antiguo Uno-Todo, sino en esa multiplicidad que subyace en el corazón de su reinado. Por supuesto que no se puede desplegar esta visión en el interior de esta intervención. Pero nos autoriza a afirmar que podemos estar en la aurora de un nuevo pensamiento que reponga a la filosofía y nos permita abordar a todo conjunto estructurado, toda identidad, en el convencimiento de que su ser es ser inconsistente, y sobre esta plataforma desplegar una nueva racionalidad en lugar de dejar que la posmodernidad se apodere de esa inconsistencia proclamando el reinado de la deriva que hoy nos arroja a la barbarie.